

Una de las circunstancias que mas realzan el pontificado de Gregorio XVI, es sin duda la asombrosa propagacion que por tales medios y con el auxilio de Dios, alcanzó el cristianismo bajo su direccion. Tantas conversiones, muchas de ellas acompañadas de circunstancias prodigiosas, y algunas de una trascendencia suma, ó en virtud del influjo que los convertidos ejercian sobre sectas ó bandos que los contaban por sus gefes; tantas misiones emprendidas á pesar de mil dificultades, planteadas entre inminentes peligros, y coronadas de los mas copiosos y lisonjeros frutos: todos estos esfuerzos de la religion y la caridad, cuyo edificante relato llena tantas páginas de oro en la historia contemporánea; son otros tantos monumentos que aseguran al último Pontífice un renombre grandemente glorioso é inmortal.

No nos es posible entrar en pormenores sobre estos sucesos, (*) que tan de lleno justifican el título de *Católica* atribuido á la Iglesia en cuyo seno, á dicha nuestra, vivimos; porque á intentarlo, lejos de terminar aqui una obra ya difusa, emprenderiamos un nuevo trabajo que, aun desempeñado en compendio, duplicaria nuestro libro.

Únicamente llamaremos ahora la atencion hácia un cálculo estadístico publicado cerca de dos años há en cierto periódico religioso (**), del cual resultaba haberse aumentado la congregacion de los cristianos, desde el si-

(*) LA REVISTA CATOLICA de Barcelona, antes citada con elogio, satisfarán á los que deseen noticias especiales sobre los hechos que aqui se indican, y en general sobre los *padecimientos y triunfos de la Iglesia de Jesucristo* en estos tiempos. Los nueve tomos primeros de esta apreciable colección, con tanto acierto redactada por el presbítero D. Antonio Palau, catedrático del seminario de Tarragona, forman una parte notable en la historia del pontificado que nos ocupa.

(**) La estadística á que aludimos, es como sigue:

En el primer siglo de la Iglesia se contaban tan solo 500,000 cristianos: en el segundo 2 000,000: en el tercero 5.000,000: en el cuarto 10,000,000: en el quinto 15,000,000: en el sexto 20,000,000.

glo inmediato al actual, en diez millones de personas. Si es fundado este aserto, fácil será sacar por consecuencia, que mientras fué Papa Gregorio XVI, se vió acrecentado el gremio de la iglesia con mas de tres millones de individuos. Y si se atiende á que bajo ningun pontificado de este siglo ha hecho nuestra religion mas conquistas que durante el que acaba de transcurrir; no será aventurada la ilacion de que en los quince años y meses que ha durado, ha debido de resultar sin duda un millon mas de hombres ganados para la fé católica. Tendremos pues, atendida aquella suposicion, aumentado á lo menos en cuatro millonos y medio el número de los creyentes bajo la direccion espiritual de Gregorio XVI. Nada hay sobre la tierra que pueda compararse al mérito de esta conquista, operada sobre el entendimiento y el corazón; conquista eminentemente pacífica en los medios; conquista, en sus resultados, de inmensas ventajas para la Religion que profesamos, y de una importancia asombrosa para los progresos de la verdadera civilizacion, que de aquellas son inseparables.

Tal ha sido el gran Pontífice cuya vida escribimos, bajo el aspecto religioso. Aun en política le hemos visto atenerse siempre á las máximas evangélicas, propenso á perdonar cuanto fuese posible sin comprometer la tranquilidad pública, y á conciliar los ánimos discordes. Este sistema de lenidad y de transaccion, mal comprendido, hubo de prestar ocasion para que hombres de pocos alcances ó mal animados hácia S. S. le acusasen caprichosamente en ciertas circunstancias por no haberle visto adoptar en algunas cuestiones internacionales el giro que

en el séptimo 25.000,000: en el octavo 30.000,000: en el noveno 40.000,000: en el décimo 60.000,000: en el décomotercio 75.000,000: en el décomocuarto 80.000,000: en el décomocquinto 100.000,000: en el décomosesto 125.000,000: en el décimo séptimo 185.000,000: en el décomooctavo 250.000,000: y en el presente se cuentan 260.000.000.

mejor cuadraba á sus opiniones ó intereses. Asi, por ejemplo, se ha observado que una fraccion del partido liberal de España censuraba acerbamente en documentos solemnes á Gregorio XVI como favorecedor de D. Carlos en la lucha dinástica que afligió á la nacion por siete años. Pero esta censura era infundada; y los hechos sobre los cuales se la queria apoyar, eran mentira. El Papa en su interior pudo inclinarse mas bien en pró del uno que del otro de los partidos beligerantes; pudo creer tal vez que el derecho apoyaba al príncipe menos favorecido por la fortuna: mas eso no obstante, S. S. nunca se dejó llevar de estas opiniones, de estos sentimientos cuando obraba como gefe visible de la Iglesia ó como soberano temporal. El manifiesto del ministro Alonso, en su lugar citado, es la mejor prueba de esta verdad: ninguno de los asertos que alli se aventuran, está apoyado en pruebas ni siquiera en presunciones un tanto atendibles.

Sabemos que Gregorio XVI escribió á D. Carlos en 1838; pero ¿cuál fue el objeto de su carta? Exortarle á que separase de su lado á aquellas personas que, por la exageracion de sus principios podian, en su creer desviarle de una marcha conciliadora y tolerante: exortarle á seguir una línea de política transigente en cuanto eso fuese compatible con las sanas doctrinas. Hé aqui los motivos de queja que ha dado al bando liberal el Papa á cuya memoria se consagran estos apuntes. ¿No son en el fondo estas mismas las doctrinas que los liberales se jactaban de profesar, aunque la pasion de partido no les permitia reducirlas á práctica?

Se ha dicho que Gregorio XVI se mostró débil al frente del Austria; que fue un ejecutor servil de los acuerdos de aquel gobierno. Pero falta que se nos cite un solo hecho en prueba de que este influjo haya obligado al ilustre Pontífice á obrar contra sus convicciones. En lo demas, es notorio que la política de Roma ha marchado

de muchos años aca de acuerdo con la política de Metternich; notorio que el Estado Eclesiástico, reducido á muy estrechos límites, no podria facilmente, en estas épocas de revolucion y de usurpaciones, abandonarse á una política aislada, sin esponerse á ser absorbido por alguna de las que se titulan *grandes Potencias* en momentos críticos en que se perturbara el equilibrio normal de la Europa. Y en semejante posicion ¿á cuál de los Estados vecinos se adherirá mas prudentemente en política el gobierno papal? ¿A la Francia ó al Austria? ¿A la Francia, cuyo gobierno, hijo de una revolucion, por mas entendido que sea, tiene que ponerse á cada paso en contradiccion con los principios de los cuales deriva su origen; puede ver comprometido en cada dia su presente y su porvenir, y puede á cada instante recaer en el caos revolucionario! ¿O al Austria, cuyo gobierno, asentado sobre bases las mas sólidas, dirigido por tradiciones eminentemente conservadoras, ofrece una proteccion estable y segura, y presenta ademas á la Santa Sede, en lo pasado, un conjunto de servicios los mas importantes, y en lo presente la identidad de los intereses políticos? Y dado que con efecto Gregorio XVI se hubiese escedido en deferencia hácia esta última monarquía; ¿seria acaso como ha dicho un escritor, toda la culpa suya, ó lo sería mas bien de la Europa, que ha dejado tomar al Austria tal crecimiento, y adquirir una influencia casi decisiva sobre la suerte de las soberanías de Italia?

Por lo demas Gregorio XVI mostró en su gobierno, á la par de una asombrosa inteligencia, una laboriosidad infatigable. Los grandes trabajos científicos que lucen en sus Encíclicas y demas letras Apostólicas, acreditarán á la posteridad el profundo saber de este Pontífice: Gregorio XVI ha sido considerado en su época como el primer teólogo de Europa. Ni aun en medio de las vastas ocupaciones que como Papa y como Soberano le rodeaban, dejó de entregarse asiduamente á los estudios teóricos.

Se nos ha asegurado que solia dedicar con precision un dia por semana á esta clase de lecturas y meditaciones, y especialmente á corregir cuadernos que bajo su superior inspeccion se daban á la prensa, segun en otro lugar indicábamos.

“¿Cuál era, preguntaba un diario, bosquejando los grandes hechos de nuestro personage, cuál era el secreto que poseia el augusto anciano para hacerse capaz de sostener esta lucha de todos los instantes, esta vigilancia que parece superior á las fuerzas de un hombre? Un autor protestante, es su respuesta, nos descubre este secreto, al parecer difícil de averiguar. Gregorio XVI se levantaba en todas las estaciones á las 5 de la mañana. La celebracion de la misa, el rezo y algunas oraciones, absorbían las horas que mediaban hasta las 8, en que comenzaba á dar audiencia. Concluidas ya las funciones del religioso, empezaban las del Papa, y no se interrumpian hasta el medio dia, hora de su comida única y frugal. A veces, cuando sentia antes necesidad de reparar un tanto sus fuerzas, pedia una taza de café. A la comida seguia un paseo de una hora por los jardines, en cuya ocasion recibia S. S. á las señoras. Concluido, volvía á comenzar el despacho con los ministros, que concluía á las nueve de la noche: seguía una muy corta tertulia, en que el Pontífice conversaba con algunos cardenales, hombres sabios y distinguidos. A las 10 se cerraban las puertas del palacio papal; y S. B. se acostaba luego. Este sistema de vida laboriosa, sencilla y siempre útil, no sufría otras interrupciones que las que hacian precisas su concurrencia á ciertas ceremonias, sus visitas á los hospitales ó á los monasterios, y algunas á los museos de Roma, á los monumentos, ó á los asilos del saber, en otro tiempo preferidos por él que solo de tarde en tarde podia frecuentarlos á la sazón.

“La piedad de Gregorio XVI, continúa el mismo autor, podia llamarse angelical. No le era dable celebrar

la misa ó asistir á ella, de pontifical, sin que sus lágrimas corriesen en el momento de la comunión.

Una de las cualidades que mas se han celebrado en nuestro personage, ha sido su amabilidad para con cuantos tenian el honor de visitarle. Es notable la descripcion que de una de estas audiencias hacia en 1841 cierto luterano corresponsal de un periódico de Nueva-York, de la cual extractamos las cláusulas mas interesantes, que dicen así:

“No os he hablado de la entrevista que hemos tenido el honor de lograr con el Papa. El cónsul americano hizo presente, á ruego nuestro, al cardinal secretario de Estado, el deseo que teniamos de que se nos presentase á S. S. Algunos dias despues recibió el cónsul la respuesta de que estaba concedida la audiencia, señalando al efecto el dia en que debia verificarse: y se nos advirtió que era indispensable que las señoras fuesen vestidas de negro y con velo. Cuando llegó el dia señalado, pasamos á las diez al palacio del Vaticano, inmediato á la iglesia de San Pedro; y fuimos recibidos á la puerta de una antecámara por un guardia con uniforme de la corte Pontifical, único en su clase, con rayas negras, rojas y amarillas, cuyo diseño se atribuye á Miguel Angel. El guardia llevaba espada y alabarda. El ayuda de cámara nos condujo, atravesando la sala de recibimiento, á una pequeña estancia en donde se ven los retratos de los Papas, hasta el del actual Gregorio XVI. Allí esperamos hasta que el Papa estuvo en disposicion de recibirnos. Nos ofrecieron sillas, y el amueblado era sencillo y modesto.

“Pasada seria como media hora cuando volvió el ayuda de cámara, y nos hizo entrar á una sala, en donde encontramos al Papa al lado de una mesa sobre la que estaba apoyado, S. S. vestía una sotana de casimir blanco, abotonada de alto á bajo, y en la cabeza un bonete de la

misma tela: nos recibió con mucha gracia; y la dulzura de su espresion nos gustó en extremo. Nosotros declaramos nuestros nombres y el de nuestro país; y esperamos las preguntas que se dignase dirigirnos. Las que nos hizo prueban que está perfectamente instruido de todo cuanto pasa en el mundo político. Nos habló como hombre muy bien informado de nuestra república y de sus instituciones, de la desavenencia entre nuestro gobierno y el inglés, y de la probabilidad de un rompimiento entre los dos estados. Luego nos habló de nuestro viaje y ulteriores proyectos, y nos preguntó si teniamos intencion de ver el Vesubio y el monte Etna, manifestando al mismo tiempo su deseo de que nos fuese agradable la permanencia en Roma....

“Duraba ya la conversacion cerca de media hora, cuando el Papa hizo una inclinacion; era la señal de despedirse: le hicimos por nuestra parte otra profunda inclinacion y nos retiramos de Palacio. Durante la audiencia, tenia S. S. á su izquierda una caja de oro con tabaco de que hacia uso frecuente. Cuando el Papa está en una conversacion que le es agradable, se anima su rostro y se manifiesta muy espresivo. Pero ordinariamente su actitud es grave y su carácter melancólico. Cuando está en su capilla, corren lágrimas abundantes de los ojos del anciano....

“Despues le he visto cumpliendo los deberes fatigosos de las ceremonias en esta Semana Santa; tenia la voz fuerte y sonora, y el paso firme y vigoroso....”

No menos prendados se manifiestan de la buena acogida del Papa y de su generosidad algunos escritores que han ido á saludarle con motivo de ofrecerle algun ejemplar de sus obras. El abate Ratisbanne, por ejemplo, habla con grande encarecimiento del que le concedió la cruz de San Silvestre en premio de su historia de San Bernardo. Mr. Audin, que escribió la de Leon X, condeco-

rado por S. S. con la cruz de San Gregorio por este y otros méritos, tambien ensalza en gran manera la bondad de Gregorio XVI. El sábio autor de la *Vida de Lutero* hubo de sorprenderse al encontrár al Papa sumamente instruido en la lengua alemana, y que en su conversacion mostraba haber seguido siempre con grande atencion el movimiento científico y literario de aquel culto país, hallándose al alcance de todas las publicaciones ultrarinianas.

Gregorio XVI era de aventajada estatura, y tenia facciones agraciadas y hermosos ojos. Su presencia, á la vez que imponente agradable, contribuia notablemente á realzar las magestuosas ceremonias que bajo su presidencia se celebraban.

Hemos concluido nuestra tarea. Los hechos que en estos apuntes van bosquejados, hablan muy alto en favor de Gregorio XVI. Sus censores no podrán resistir á tan elocuente apologia. Tantas eminentes cualidades, tantas acciones de estraordinario mérito y gloriosas en el mas alto grado, nos autorizan para decir á esos hombres insensatos: “Respetad una tumba que en los siglos venideros será visitada con admiracion y gratitud la mas profunda, por los católicos en especial, y generalmente por los hombres honrados y amantes del saber, cualquiera que sea su creencia en punto á religion.” Nos autorizan para afirmar desde luego, previniendo el juicio de la historia, lo que ha consignado, á los pocos dias de morir nuestro personage, un escritor al cual mas de una vez hemos aludido: á saber, que GREGORIO XVI será reconocido por la posteridad como digno sucesor de los Papas modernos, cuya série, comenzada en Benedicto XIV y Clemente XIII, solo por una vez interrumpida, alcanza hasta él por dos Pontífices, el uno mártir; el otro confesor de la fé; por el enérgico Leon XII. y por el escelente Pio VIII.

FIN.

INDICE.

	PAG.
PRÓLOGO.....	3
INTRODUCCION.—Cappellari, monge y cardenal.....	7

ANALES DEL PONTIFICADO DE GREGORIO XVI.

CAPÍTULO I.—(Año de 1831).....	32
CAP. II.—(Año de 1832).....	75
CAP. III.—(Año de 1833).....	119
CAP. IV.—(Año de 1834).....	131
CAP. V.—(Año de 1835).....	151
CAP. VI.—(Año de 1836).....	161
CAP. VII.—(Año de 1837).....	175
CAP. VIII.—(Año de 1838).....	183
CAP. IX.—(Año de 1839).....	195
CAP. X.—(Año de 1840).....	207
CAP. XI.—(Año de 1841).....	213
CAP. XII.—(Año de 1842).....	251
CAP. XIII.—(Año de 1843).....	270
CAP. XIV.—(Año de 1844).....	277
CAP. XV.—(Año de 1845).....	281
CAP. XVI.—(Año de 1846).....	309
CONCLUSION.....	311

